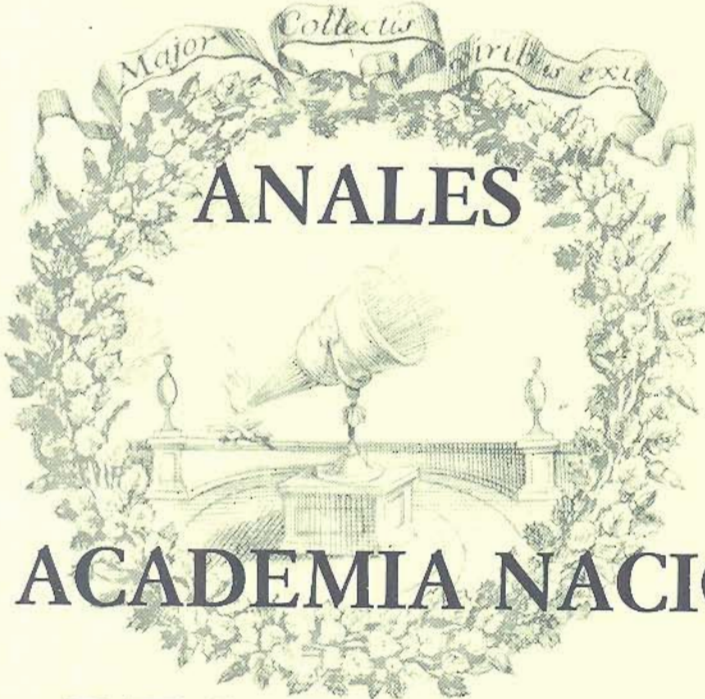


INSTITUTO DE ESPAÑA



The emblem features a central figure of a person blowing a trumpet, standing on a pedestal. The scene is framed by a wreath of flowers and leaves. Above the wreath, a ribbon contains the Latin motto "Major Collectis Viribus exultat".

ANALES

REAL ACADEMIA NACIONAL

DE MEDICINA

AÑO 2002 - TOMO CXIX

CUADERNO CUARTO

SESIÓN NECROLÓGICA

**EN MEMORIA DEL EXCMO. SR.
D. ANTONIO GARCÍA PÉREZ**

DÍA 29 DE OCTUBRE DE 2002

PRESIDIDA POR EL EXCMO. SR.
D. AMADOR SCHÜLLER PÉREZ

DISCURSO DE PRECEPTO

Por el Excmo. Sr. D. EMILIO GÓMEZ DE LA CONCHA

Académico de Número

INTERVENCIONES:

- Prof. Durán Sacristán
- Prof. Zarco Gutiérrez
- Prof. Díaz-Rubio García
- Prof. Tamames Escobar
- Prof. Alonso Fernández
- Prof. Rodríguez Rodríguez
- Prof. Espinós Pérez
- Prof. Armijo Valenzuela

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. Sres. Académicos
Señoras y Señores:

Un día de febrero de hace 10 años, un día muy importante para mí, ingresaba yo en esta Real Academia Nacional de Medicina, de la mano del Prof. D. Antonio García Pérez, que, además de avalar con su firma mi candidatura, fue quien, en un cariñosísimo discurso, me contestó y me dio la bienvenida a esta Corporación.

Hoy, diez años más tarde, me corresponde a mí recordarle. Recordarle públicamente, porque puedo asegurarle a él, a su familia, a sus amigos, que nunca le olvidaremos.

Al conferirme este honor, pienso que la Academia ha tenido en cuenta por encima de todo mi admiración y mi afecto hacía él. Yo creo que este afecto ha existido siempre, pues, como él me dijo un día, éramos muy, pero que muy viejos amigos, ya que nos conocimos cuando yo tenía pocas semanas y él era alumno interno del Hospital de San Juan de Dios. Allí trabajaba con mi padre y acudía de vez en cuando por nuestra casa. Si yo de aquello no me acuerdo, si puedo decir que en mi casa he oído hablar mucho de él, y siempre como de una persona de enorme valía, y además, buena y entrañable.

Nuestra relación, sin embargo, comenzó realmente en 1983, cuando yo llegué al Hospital Clínico San Carlos procedente del Hospital Ramón y Cajal. Él había llegado pocos años antes al hospital, procedente de Sevilla, a ocupar la Cátedra de Dermatología que había quedado vacante al jubilarse el Prof. Gómez Orbaneja. Yo, que por lo tanto nunca coincidí en el Hospital Clínico con mi padre, me encontré cuando llegué a él con muchos amigos suyos, pero sobre todo con el Prof. García Pérez, que, dentro de su discreción, era para mí una prolongación de la presencia de mi padre: tenía los mismos colaboradores, el mismo Servicio, Elvira, la misma secretaria y, sobre todo, me mostraba una enorme amabilidad y cariño.

Pero cuando nuestra amistad se hizo más estrecha, más personal, fue a raíz de su jubilación y su nombramiento como Profesor Emérito. El entonces tenía más tiempo, y lógicamente, con sólo sesenta y cinco años, la misma lucidez, la misma puesta al día en sus conocimientos, y mayor deseo aún si cabe por ampliar sus horizontes científicos. Mi padre había fallecido, y él se convirtió por tanto en la persona a la que yo acudía cuando tenía alguna duda o

necesitaba algún consejo en el campo de la Dermatología. Él, por su parte, no dudaba en llamarme para comentar algún artículo reciente que aparecía relacionando su especialidad con la inmunología o la genética. Esas reuniones, tenían lugar en su despacho de Profesor Emérito, en la primera planta, con una ventana que daba a un patio y no ofrecía mucha luz, un despacho de menores dimensiones que aquellos que había tenido previamente, pero en el que él había logrado acumular una enorme cantidad de libros, revistas, papeles y carpetas en viejas estanterías, repletas, que tapizaban totalmente la habitación. En ese ambiente recargado, de penumbra, con muebles antiguos, más propio casi de la época de Cajal, en que el que yo divisaba a D. Antonio a través del espeso humo de su cigarrillo, destacaban sin embargo un moderno ordenador, siempre encendido y a su alcance, los últimos números de las revistas internacionales de dermatología más prestigiosas y sus preguntas y comentarios sobre el último gen descubierto en relación con alguna dermatosis.

Finalmente, cuando hace 10 años esta Academia, de la que el Prof. García Pérez ya era Miembro de Número, me acogió a mí también, pudimos aumentar la frecuencia de nuestros encuentros en las sesiones periódicas de esta casa.

SU CURRICULUM

Antonio García Pérez nació en Madrid, el día 29 de mayo de 1923. En esta ciudad cursó sus estudios de primaria, con los hermanos maristas en la preguerra y los padres escolapios en la inmediata postguerra. También en Madrid cursó los estudios universitarios en el dos veces centenario Colegio de Medicina y Cirugía de San Carlos, donde obtuvo el grado de Licenciado en Medicina en 1947. Alumno interno por oposición de la Beneficencia Provincial desde 1944, estuvo destinado en el Hospital de San Juan de Dios, en donde ya entonces se inició en la Dermatología. Al acabar la carrera, fue primero becado por la Diputación Provincial Madrileña para ampliación de estudios y a continuación, en 1948, obtuvo por concurso oposición una plaza de médico interno de la propia Beneficencia Provincial, en el hospital de San Juan de Dios. También en aquellos primeros años obtuvo el título de Médico de los Dispensarios Dermatológicos del Estado, siendo nombrado subdirector del Insti-

tuto leproológico de Trillo, cargo en el que permaneció hasta 1962. Entre las muchas muestras que dejó de sus enormes conocimientos en el campo de la lepra, figura su tesis doctoral titulada: «Estudio clínico e histopatológico de la leproreacción en enfermos lepromatosos» con la que alcanzó el grado de Doctor en 1952. En 1954, su experiencia en lepra le llevó a organizar y poner en marcha la leprosería de los Servicios Sanitarios de Marruecos, en Larache.

En Marzo de 1962, obtuvo, por concurso-oposición, la Cátedra de Dermatología-Médico-Quirúrgica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca. Desde entonces, su dedicación a la Universidad ha sido muy intensa, participando en todas sus facetas. En Salamanca, además de las labores asistenciales, docentes e investigadoras, participó en la elaboración de los estatutos de la Universidad y desempeñó los cargos de Director del Hospital Clínico, Vicedecano, Miembro del Patronato de Investigaciones Clínicas y Vicerrector de la propia Universidad.

En diciembre de 1974, por concurso de traslado, pasó a ocupar la Cátedra de Dermatología de la Facultad de Medicina de Sevilla, donde permaneció poco más de 5 años, durante los cuales llegó a desempeñar los cargos de Vicedecano y de Decano.

En marzo de 1980, también por concurso de traslado, vino a Madrid a ocupar la Cátedra de la Universidad Complutense con destino en el Hospital Clínico San Carlos, donde permaneció hasta su jubilación, forzada y prematura, a los 65 años, en 1988. Como en las dos Universidades por las que había pasado previamente, en la Complutense fue llamado a ocupar cargos de gran responsabilidad, siendo Vicedecano y Director Médico del Hospital Clínico desde 1983 a 1986.

SU LABOR UNIVERSITARIA.

Al repasar la biografía de Antonio García Pérez, vemos cómo fue nombrado catedrático antes de cumplir los cuarenta años. Pasó por tres Universidades y casi sin solución de continuidad tuvo cargos directivos. Fue Vicedecano en las tres, Decano en una, Vicerrector en otra y Director del Hospital Clínico tanto en Salamanca como en Madrid. Esta sucesión de cargos directivos, en cualquier otra persona hubiera podido indicar una preferencia por este tipo de dedicación en detrimento de las labores asistenciales, docentes e inves-

tigadoras habituales en un catedrático. En su caso no fue así en absoluto. Él, durante toda su vida, fue ante todo y sobre todo un Universitario, un Profesor. El resto de los puestos de responsabilidad jamás los buscó. Le buscaron a él, porque su inteligencia, su humanidad, su sentido común y sobre todo su despego al cargo, le hacían desempeñarlo con tranquilidad, con imparcialidad, con justicia, escuchando a todos y sin dejarse nunca influir por factores externos. Llegaba así a decisiones siempre razonables y equilibradas que difícilmente dejaban a nadie descontento. Todo este trabajo, lo hacía con enorme sencillez, lo que además de ser la clave de su éxito, le permitía concentrarse en lo que realmente le gustaba y en lo que es la esencia de la Universidad: la búsqueda y la transmisión del conocimiento. En su caso, el ponía un enorme énfasis en ambas. La búsqueda del conocimiento era un fin en sí mismo, que no se justificaba solamente por el deseo de hacer una mejor asistencia y una mejor docencia, que eran tareas que hacía con gran ilusión y dedicación, pero que no eran su única razón para saber. Él se mostraba sobre todo, no sólo como el gran Clínico y el gran Profesor que indudablemente era, sino como una persona con una gran curiosidad intelectual, realmente, como un gran Intelectual. Claro que si él pudiera intervenir aquí, con una sonrisa amable, me diría: «bueno, Emilio, dejémoslo en curiosidad, pura curiosidad...», pues su modestia le hacía huir de toda palabra que pudiera parecer altisonante. Y, sin embargo, esto sólo serviría para reforzar mi aseveración, pues la verdadera actitud intelectual, es la pura búsqueda de la verdad que lleva emparejada una gran modestia, un gran desprendimiento y un gran desinterés, cualidades todas, que él poseía en gran medida.

Pruebas de que su curiosidad intelectual no era egoísta, y que todo su saber era bien aprovechado tanto en la docencia como en la asistencia, las ha dado constantemente a lo largo de su vida con su continua y generosa entrega a estos dos quehaceres. Como muestra evidente, podemos señalar que en este mismo año 2002, como todos los años desde su jubilación, estuvo impartiendo un Curso en esta Academia que lamentablemente tuvo que interrumpir antes de poderlo acabar. Él lo empezó ya con diversos problemas de salud, que, aunque bien es verdad que nada hacía presagiar que pudieran tener un desenlace como el que tristemente ocurrió, sin duda iban a dificultar su labor docente; pero, sus problemas de salud, como sus cargos directivos en la Universidad años antes, eran para él fac-

tores secundarios, que no estaba dispuesto a permitir que interfirieran con su vocación universitaria.

También después de su jubilación, mantuvo no solo tareas docentes y de investigación sino asistenciales, ya que acudía y participó durante años en el hospital, a una consulta de eczema de contacto, uno de los procesos que más le interesó a lo largo de toda su vida y que fue objeto de su discurso de ingreso en esta Real Academia.

Su labor docente e investigadora también tiene amplio reflejo en un gran número de trabajos publicados, tesis doctorales dirigidas y en diversos libros sobre lepra, enfermedades de transmisión sexual y dermatosis profesionales. Quiero especialmente destacar dos libros. Por un lado su tratado sobre Dermatología que apareció primero como «Introducción a la Dermatología» (1.^a edición: Salamanca, 1971) y luego ya con el nombre de «Dermatología Clínica» a partir de 1976 y que ha visto varias ediciones y ha servido como libro de texto o de consulta a muchos estudiantes y especialistas. Por otro lado, su primer libro, «Lepra», escrito en colaboración con el Prof. Gómez Orbaneja y publicado en 1953. Este libro tuvo una amplia resonancia, y yo creo que fue el que mayores alegrías dio a mi padre y aquel del que más satisfecho se encontraba de todos los que él había publicado. El hecho de que lo hiciera en colaboración con un joven Antonio García Pérez, de apenas treinta años, que acababa de leer su tesis doctoral sobre el mismo tema, da buena idea de la muy alta estima en que el profesor tenía a su alumno, de su acierto en pedir su colaboración y de los grandísimos conocimientos sobre el tema que ya poseía Antonio García Pérez.

ANTONIO GARCÍA PÉREZ ACADÉMICO

Ingresó en esta Real Academia el 4 de Abril de 1989 sucediendo a D. José Gómez Orbaneja en la medalla n.º 18. Su prematura jubilación universitaria a los 65 años, pocos meses antes, fue en cierta medida paliada con este nombramiento, al que se iba a dedicar con el mismo entusiasmo con el que había desempeñado todos sus anteriores cargos. A la vez que huía de todo protagonismo, era un ejemplo de lo que debe ser y hacer un académico. Acudía a todas las sesiones de los martes, salvo fuerza mayor, participaba con frecuencia en las discusiones de los temas tratados, y nos deleitaba con

una conferencia regularmente una vez por cada curso académico. Trece conferencias en sus trece años de Académico. Esta regularidad fue tan solo en las formas, pues sus conferencias variaron enormemente en sus temas. Desde sus temas clínicos preferidos como «Ciencia y anécdota del eczema de contacto» el día de su toma de posesión, a temas de investigación básica como «Algunas cuestiones básicas de genética vistas desde la clínica de las genodermatosis» en 1993 o en el extremo opuesto, temas históricos como la conferencia sobre el primer texto dermatológico de Europa «De morbis qui in superficie corporis videntur» (San Isidoro de Sevilla, año 621) conferencia dictada el pasado año. Siempre sabía combinar la precisión científica con las anécdotas que hacían más amenas, y más humanas, sus intervenciones. Esto último sabía acentuarlo cuando la ocasión lo requería como fue el caso cuando pronunció la Conferencia inaugural del Curso en el año 2000 titulada «El sol y la piel: mitos, riesgos y beneficios».

Pero si hubo una actuación suya en nuestra Academia que le retrata mejor que las demás, fue cuando nuestra Corporación decidió elaborar un Diccionario de términos médicos. Ésta es una empresa enorme, que ha de durar muchos años, que exige una gran cantidad de trabajo y en la que han de colaborar en mayor o menor grado todos los académicos. Dirigir y coordinar esta tarea exigía una persona metódica, con gran capacidad de entrega, constante y dialogante, que fuera distribuyendo el trabajo, consiguiendo que fuera realizado y luego procesándolo y dándole una unidad. Y lógicamente la Academia pensó en D. Antonio García Pérez. Y como no podía ser de otra manera él aceptó; aceptó como cuando se le necesitó como Decano en Sevilla, o como Director médico del Hospital Clínico en Salamanca o en nuestro hospital en momentos difíciles. Y durante estos últimos años, de una manera callada, amable, evitando todo protagonismo, ha ido distribuyendo el trabajo, facilitándonos información para que nos fuera más sencillo realizarlo, y consiguiendo en fin que esta enorme tarea fuera avanzando con eficacia.

EL MÉDICO Y EL HOMBRE

Si D. Antonio García Pérez fue un gran gestor, un gran universitario, un gran médico, un gran intelectual y un gran académico fue porque era sobre todo una gran persona, con una gran humanidad.

A pesar de ser un hombre afable, abierto a los demás, no era fácil conocerle bien. Su enorme discreción, le hacía muchas veces estar en un segundo plano, en el que resultaba más difícil prestarle atención. Su figura enjuta, encorvada hacia delante, su hablar pausado, nunca gesticulante, le ayudaban también a evitar ser el protagonista. Y es que él no quería serlo. Él estaba siempre para ayudar a los demás, para solucionar problemas, nunca para recibir nada, casi ni siquiera para recibir atención.

Por supuesto que no consiguió este último propósito. Era una figura que en todos los ámbitos en los que se movía, el hospital, la universidad, la dermatología, esta Academia, era conocido por todo el mundo. E inspiraba siempre un gran cariño. Yo puedo decir que, las veces que vino a verme a mi Servicio del hospital, los médicos, las secretarías, los técnicos, aquella persona que primero le viera aparecer, le acompañaba a donde yo me encontrara con una amabilidad y una deferencia que yo no les veía con ninguna otra persona.

Anécdotas de su forma de ser hay infinitas, y permítaseme recordar alguna. Hace tal vez un año, pasaba yo por un pasillo del Servicio de hematología y me lo encontré sentado allí, junto a algunos pacientes. Estaba tranquilo, con su sonrisa habitual. Al preguntarle que hacía allí, me dijo que esperar a que le hicieran una punción esternal. La Prof. Villegas, Jefa del Servicio, no estaba en ese momento, pero obviamente le habían ofrecido pasar a su despacho, o al menos a la secretaría. Pero él prefirió esperar en el pasillo como un paciente más. Me senté a su lado y me quedé tranquilamente charlando con él; otros médicos que pasaban se paraban a saludarlo, y lógicamente en poco más de cinco minutos le atendieron con la máxima amabilidad.

Era discreto, pero observador y muy inteligente, y estoy seguro que muchas veces su intención iba mucho más allá de lo que quería aparentar. Ya he mencionado que, en su época de Profesor Emérito, en ocasiones, me llamaba para comentar artículos de interés compartido. Es bien cierto que la Dermatología y la Inmunología tienen muchos puntos en común, y que a él le interesaban particularmente, como lo demuestra su tesis doctoral sobre «leproreacciones», o su especial interés por el eczema de contacto o por las enfermedades autoinmunes. Pero alguna vez me he preguntado si algunos de los artículos que me enseñaba, diciéndome que era para que le «aclarase» algunos conceptos de mi especialidad, no eran

en realidad también un deseo de hacerme llegar de forma «discreta» (siempre esa palabra, siempre esa actitud) artículos que él sabía me iban a interesar. Pues, más de una vez, al ir a comentar alguno de esos trabajos, me descubrió verdaderas joyas, que él había encontrado en revistas dermatológicas y que me resultaban muy útiles para mi propia especialidad.

Y es que era muy difícil saber lo que se escondía detrás de su mirada penetrante. Uno de los episodios más enigmáticos y que no olvidaré nunca, fue mi último encuentro con él en esta Academia. El venía de dar aquí mismo su curso de doctorado, como todos los martes, antes de empezar la sesión. Estaba como siempre. Con su amabilidad y su sonrisa habituales, me contó que había estado ordenando papeles en su casa y que había encontrado algunos que guardaban relación con mi padre y me los había traído. Efectivamente, me entregó un gran sobre con artículos escritos por él sobre mi padre, cartas de pésame que el había recibido de amigos comunes cuando falleció mi padre etc. Me despedí de él como cada martes, y muy agradecido, fui a entregarle aquellos papeles a mi madre y los estuvimos leyendo y comentando. Y ella los guardó. Yo esos días estaba preparando un viaje a Estados Unidos en donde iba a participar en dos congresos y algunas reuniones, para mí muy importantes. Me fui de viaje y no volví a acordarme de los papeles que él me había entregado. Cuando volví, algunas semanas más tarde, estaba ingresado, en estado muy grave, con un proceso y una evolución que habían causado gran sorpresa a todos. Pero no puedo dejar de preguntarme si su fino olfato de médico, había hecho que no fuera del todo casualidad el que él ordenara y me diera sus papeles, precisamente unos días antes. Y el sobre que me entregó con una sonrisa en esta Academia, se ha convertido en algo doblemente valioso para mí.

No se si he sabido transmitir la excepcionalidad de la personalidad de D. Antonio García Pérez. Hay una última anécdota, esta vez una que él me contó a mí que no quiero dejar de relatar. Era rarísimo que habláramos de temas personales. Sin embargo, creo recordar que una vez me contó que había tenido un hermano médico que falleció de un infarto de miocardio. Esto ocurrió durante una visita domiciliaria y al autodiagnosticarse el infarto, su mayor preocupación había sido el enfermo al que había ido a ver, el no poder atenderle, unido a las molestias que iba a ocasionar al estar en casa ajena. Y no dejó de manifestar estas preocupaciones mientras le

socorrían. Para él, pese a la extrema gravedad de su proceso, estaba antes su enfermo, estaban primero los demás. Sin duda su hermano, al menos en este comportamiento, se parecía mucho a D. Antonio. Ayudar a los demás, sin pedir nunca nada para sí mismo, procurando la mayor discreción, hasta en sus últimos momentos. Dejó, así, solo amigos por todas partes, y un brillantísimo curriculum al que me he referido muy someramente. Curriculum profesional extraordinario al que hubiera podido añadir muchos más logros, pero que he pasado por alto, porque creo que él preferiría ser recordado por aquello que mejor le caracterizaba: ser una persona íntegra, generosa, entrañable, que solo ha dejado amigos, muchos de los cuales hoy nos sentimos un poco, o un mucho, más huérfanos. Descanse en paz.

INTERVENCIONES

Prof. Durán Sacristán

En homenajes a personas eminentes, los que deseamos intervenir, por mil razones justificadas, nos detenemos a reflexionar sobre las características más relevantes de la persona homenajeada. Al par, nos preguntamos cuáles son las características más singulares para recordar al hombre y al profesor.

En este caso, Antonio destacó siempre por su bondad, su indiscutible bondad que demostraba en todo momento y ante cualquier circunstancia. Muestras de ello son: su condición respetuosa con cualquiera que tuviera la fortuna de convivir con él; la exquisita educación que mostraba en todo caso; la humildad con que se presentaba siempre tratando de ocultar o disimular sus saberes y su categoría humana; el amor a los demás y la solidaridad con todas las causas nobles.

Otra característica que le adornaba era su sabiduría. Antonio se lo sabía todo. En cualquier discusión o debate, en todo momento, que afectara a sus disciplinas fundamentales, intervenía, con enorme modestia, para dar una lección que ponía a prueba sus conocimientos en la materia, su espíritu constructor y su memoria extraordinaria.

Destacó siempre su legítima autoridad, ejercida, sin querer, en casi todas las materias científicas, en la relación social y en el sen-

tido de responsabilidad que le hicieron brillar en todos los puestos de relieve que tuvo.

Fue un gran maestro porque había sido un gran discípulo. Tuvo la ventura de ser alumno de un gran profesor que yo disfruté en Valladolid, José Gómez Orbaneja, que creó una Escuela de Dermatólogos no solamente importante por los conocimientos y aportaciones a la Dermatología que hicieron, sino por el temperamento universitario de todos sus discípulos, que, a su vez, supieron transmitir a sus seguidores. Todos ellos inspiraron siempre una gran confianza y por ello desempeñaron muchas funciones de dirección y asesoramiento.

El profesor García Pérez fue el inspirador del *Diccionario Médico* que coordinó desde el principio y que tendrá siempre su sello de seriedad, de orden y de rigor, como todo lo que hacía.

Felicitaciones a su hijo por la gran necrológica que ha leído y a su madre y familia el testimonio de mi afecto más sincero y profundo.

Prof. Zarco Gutiérrez

Al Prof. D. Antonio García Pérez le traté poco, pero siempre tuve de él la mejor opinión, cuando le encontraba por el pasillo del Hospital, al que, ya jubilado, iba siempre, con su cuerpo frágil pero nimbado por ese aura de los hombres de excepción. En este momento me levanté para expresar mi admiración por el valor y coraje que tuvo en su última enfermedad. Cuando el Dr. Espinós me dijo su situación, me di clara cuenta de que estaba en su etapa terminal y subí a verle todos los días en su cama del Hospital Clínico. Los primeros días estaba siempre leyendo, precisamente una biografía reciente de D. Gregorio Marañón. Un día le pregunté su opinión sobre una paciente nuestra que estaba tomando Interferón y que tenía una especie de vasculitis en las manos con acrocianosis, cuyo diagnóstico ignorábamos. Inmediatamente me dijo que era *livedo reticularis* causada por Interferón, del que había visto dos casos. Y que le desaparecería cuando dejara el Interferón, como así ha ocurrido.

Y en los últimos días, en que ya estaba muy mal, ni una pregunta con ese valor y ese coraje que nadie sabemos si vamos a tener. Y como un gran hombre, rodeado de una familia también ad-

mirable, de su mujer y sus hijas. Vaya por delante mi admiración y mi respeto a D. Antonio, cuya vida no conocía pero que sus últimos momentos van paralelos a esa emocionante y conmovedora biografía que nos acaba de referir el Profesor Gómez de la Concha, de hombre inteligente, honesto, humilde y valiente, extraordinariamente valiente.

Prof. Díaz-Rubio García

Quiero expresar mi sentimiento por el fallecimiento del Dr. Antonio García Pérez, personalidad indiscutible de la Medicina española, formidable dermatólogo y persona excepcional. Sus aportaciones son bien conocidas y han sido señaladas de forma detenida. Quisiera, en este momento, llamar la atención por sus aportaciones en los últimos años en el área de la historia de la dermatología, en la que realizó, además de un magnífico estudio sobre San Isidoro de Sevilla y el primer *Tratado de Dermatología* en Europa, un detenido análisis de las diversas escuelas dermatológicas en nuestro país, de los lugares donde se practicó la especialidad, sobre su enseñanza, así como una aportación sobre la obra de José Eugenio de Olavide.

En estos años tuve la suerte de coincidir con frecuencia con él en la Biblioteca de la Academia. Yo trabajaba en mis cosas y él en las suyas, pero entre ambos se estableció una corriente de colaboración que se patentaba en el envío que nos hacíamos de aquellas novedades que cada uno encontraba y que podía ser de utilidad para el otro.

Un tema sobre el que estaba trabajando en los últimos meses era el relativo a la dermatología dentro de la Academia, y me comentaba que había descubierto que el que fue ilustre académico de número de esta Real Academia, el Dr. José Sánchez y Sánchez Covisa fue desposeído de su medalla tras la guerra civil. Comenzó a investigar otros casos similares revisando todas y cada una de las actas, y en ello estaba cuando falleció. Yo les diré cuál era su intención, a la que invitó a sumarme y así se lo prometí: proponer a esta Real Academia la rehabilitación de aquellos académicos que fueron desposeídos de su medalla tras la contienda civil. La muerte le ha privado de su propósito, y hoy, en su memoria y homenaje a cuanto supuso, propongo a esta Real Academia aborde este estudio y obre

en consecuencia. Quiero expresar mi pesar a su familia y a todos cuantos contamos con su amistad y ejemplo. Su bondad, generosidad y hombría de bien quedará para siempre grabada con letras de oro en esta Real Academia.

Prof. Tamames Escobar

Con dolor y nostalgia lamentamos la pérdida de un gran amigo. Si tuviera que resumir la opinión que tengo del Prof. García Pérez y su obra, haría referencia, sin duda, al hecho de haber sido un hombre bueno, una excelente persona. Sobre este fondo se ha centrado el trabajo de un esfuerzo mantenido, sin tregua.

Conocí al Prof. Antonio García Pérez al llegar, en 1970, al Claustro de la Facultad de Medicina de Salamanca. Él atendía su cátedra, con vocación, al Hospital, del que fue director, con dedicación y a la Universidad, de la que era vicerrector, con entusiasmo. Pasaron los años y, cuando me incorporé al Claustro de la Universidad Complutense, coincidí otra vez con él al frente de su cátedra de Dermatología. Fue después director, en tiempos difíciles, del Hospital Clínico de San Carlos. Cuando tuve la gran satisfacción de incorporarme a esta Academia, él ocupaba el sillón 18, como Académico de Número.

Lamentamos la pérdida de un excelente catedrático, de un hombre entregado a la Universidad, que cultivó la Dermatología con éxito evidente. Su prestigio fue siempre muy alto. Con gran capacidad de trabajo, visión clara y el buen sentido presidiendo sus actos, gozó de la admiración de todos, ganada a pulso, con el esfuerzo diario en la enseñanza y el acierto, en su trabajo asistencial. Lamentamos la pérdida de un Académico entusiasta, que desarrolló la idea de que la Academia editara un *Diccionario Terminológico de Medicina*. En marcha este proyecto, que no ha podido ver terminado, pero que tiene, ahora, la inercia de su fuerte impulso, sentimos que no se hubiera iniciado antes.

Con cristiana entereza aceptó el pronóstico de su enfermedad, que conocía mejor que nadie. Al pronunciar hoy estas palabras y dar el pésame a Begoña, su mujer, y a sus hijas, Begoña y Paloma, me hago también receptor del mismo, por haber perdido a un buen amigo. Que descanse en paz.

Prof. Alonso-Fernández

En esta luctuosa velada, en memoria del Profesor Antonio García Pérez, tomo la palabra en nombre de la amistad y de la estimación académica, y de otros sentimientos que iré desgranando, para hacer patente alguna anécdota categorial compartida o convivida con este gran maestro que fue nuestro amigo, maestro no sólo del ámbito de la Universidad, sino del entorno social y del sistema familiar, como mejor que nadie saben su esposa y sus hijas, a quienes ante todo quisiera hacer llegar mi profunda condolencia con el máximo cariño.

Me conturba la terrible sensación de haber perdido un excelente amigo y un ejemplar compañero, con cuya vida he tenido la fortuna de cruzar la mía en diversas ocasiones. Vidas entrecruzadas, más que paralelas, en Sevilla y en Madrid.

Doy fe de que, en Sevilla, Antonio García Pérez era entrañablemente estimado por los claustrales y los alumnos. Uno de los últimos testimonios registrados en este sentido aconteció hace escasos meses, cuando se congregaron los médicos graduados en 1976, en la Facultad de Medicina de Sevilla con ocasión de celebrar las bodas de plata. Uno de los profesores invitados para presidir en este acto e intervenir con sus doctas palabras era Antonio García Pérez. Su ausencia, obligada por la afección que resultó letal, se impuso como un oscuro vacío de dolor, lamentado con unanimidad por los «médicos hispalenses veinticincoañeros» que abarrotaban el Salón de Actos del Colegio de Médicos, y los tres profesores que les acompañábamos.

Antonio García Pérez, profesor de recio empuje moral, arrollador con admiración para propios y extraños, a despecho de su ostensible debilidad física, no dudó en hacerse cargo del Decanato de la Facultad de Medicina de Sevilla, en unos momentos universitarios y sociales sumamente delicados. Su excepcional fortaleza de espíritu quedó entonces una vez más en evidencia, como también ocurrió cuando ofreció una reacción cabal de protesta/resignación ante la clausura de las escuelas de especialización médica universitaria, razón primordial de la consagración de su tiempo y su vida a la Universidad, coyuntura que ya le sorprendió en la Facultad de Medicina de la Complutense.

Dermatólogo asaz humano y humanista, como vamos a ver a continuación. De lo primero dan razón sus enfermos, entre los que

se cuentan algunos familiares míos, sumamente agradecidos, y en el último sentido me agrada evocar dos excelentes conferencias suyas dictadas en esta Academia, que a mi gusto hacen época: una, la notable revisión de la dermatología incluida en la obra sobre *Etiología de San Isidoro de Sevilla*; y la otra, el estudio epidemiológico de las más importantes afecciones dermatológicas vistas a través de la historia, o sea, sendas investigaciones en los campos de la dermatología transcultural y transhistórica, perspectivas científicas humanistas adoptadas rara vez por los cultivadores de alguna especialidad médica o quirúrgica.

En mi libro *Estigmas, levitaciones y éxtasis* se incluye algún informe prestado al respecto por Antonio García Pérez, con la veracidad y el acierto que siempre le han caracterizado en el ejercicio de la dermatología. Todavía podría agregar a estos recuerdos varios simposios que organizamos en colaboración, en los que, como siempre, dejó la impronta de su cultivada trascendencia al terreno de la enigmática dermatología psicosomática.

La admirable labor de Antonio García Pérez al frente del *Diccionario Terminológico Médico* de esta Academia nos había contagiado de entusiasmo a todos los que estábamos colaborando con él en la gestación de esta monumental obra.

Tal vez horas antes de que le fuera arrebatada la vida, mantuve una dilatada conversación con mi amigo, que fue vivenciada por mi parte como un cántico a la esperanza y a la vida, cántico entronizado con la promesa, por su parte, de que esta vez el abandono del tabaco sería definitivo.

Puedo asegurarles a la esposa/compañera de Antonio y a sus hijas que el dolor mío y de los míos siempre estará a su lado.

Prof. Rodríguez Rodríguez

Don Emilio Gómez de la Concha ha escrito y expuesto un bello discurso acorde con la magnificencia del Prof. García Pérez. Se ha resaltado, en las diversas intervenciones de los señores académicos, la bondad como algo consustancial en la persona de nuestro compañero fallecido. Y es que sólo se puede ser un gran hombre si se es un ser bueno. Enfatizo en ello y en su inteligencia con un apunte de los últimos días. Me habla Domingo Espinós de la situación crítica de Antonio, y sugiere la aplicación de algún medio de Medi-

cina Física que le alivie la contractura muscular condicionada por la inmovilización y su desviación vertebral. Acudo a la habitación del Hospital para decidir un cuidado paliativo, ya que es impropio e inadecuado otro medio. Muestra su humildad y seduce. Está sedente, con los brazos apoyados, en posición del menor gasto metabólico. D. Antonio me alaba y me presenta a su hija como si, entre ambos, yo fuese el relevante y el importante. Me sugiere algo inocuo y efectivo: la aplicación de un TENS. Admiro el conocimiento de materias alejadas de su especialidad, y bromeo, expresando que no hay medio más apropiado para un gran dermatólogo que una estimulación transcutánea. Humilde, inteligente, bueno, un gran hombre. Nuestro más sentido pésame.

Prof. Espinós Pérez

Excelente y muy completa la semblanza que el Excmo. Sr. D. Emilio Gómez de la Concha ha hecho del Excmo. Sr. D. Antonio García Pérez.

A su magnífica exposición se han unido la de otros Académicos que, si cabe, han ampliado aún más la imagen del Prof. García Pérez.

Yo no puedo pasar este momento, para mí muy lleno de emoción, sin levantarme para exponer lo que en este momento me dice mi corazón.

Antes de venir el Prof. Antonio García Pérez, como Catedrático de Dermatología a la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, sabía de su calidad científica y docente, pero verdaderamente cuando empecé a conocerle bien fue al ser nombrado Catedrático Director del Hospital Clínico San Carlos. Eran momentos difíciles en los que, en no pocas ocasiones, el Director Médico tenía que asistir a «reuniones asamblearias» que, en principio, organizaban los médicos del Hospital. Yo conocía esas asamblea porque unos años antes había sido Director Médico del Hospital. En estas «reuniones» el Director se sometía realmente a una serie de preguntas de diferente contenido, expuestas con muy diferente tono o estilo. Sus respuestas fueron siempre claras, pausadas, serenas. Tenían siempre la capacidad de tranquilizar los ánimos. Confieso que el Prof. García Pérez me maravilló, me impactó.

Después seguí tratándole cada vez más. Coincidimos en la Real

Academia Nacional de Medicina y esto nos permitió estrechar nuestra amistad. Era un amigo de los que merecía la pena tener. Coincidimos algunas veces en la Sala Abaytua; siempre era para mí un encuentro muy agradable, entrañable.

Me hizo el mejor regalo que se puede dar, el de su amistad, como también me lo hicieron Begoña, Paloma y Begoña. En los últimos años me hizo depositario de sus desequilibrios biológicos que, poco a poco, se fueron sumando hasta conducir al desenlace fatal.

Llevó la enfermedad de manera ejemplar, yo diría que franciscana, como era él, en silencio. Cuando ingresó en el Hospital, fuera de los momentos en los que se producía un mayor deterioro, leía, conversaba animadamente cuando alguien iba a visitarle. Poco a poco dejó de preguntarnos sobre su situación; él ya estaba más que enterado de lo que pasaba y de lo que iba a pasar.

En los últimos días he vivido con él, como decía D. Pedro Laín, el verdadero sentido del «lenguaje de la mirada». Su mirada lo decía todo. Hablábamos mirándonos. Yo le hablaba, le contestaba, le apretaba la mano...

Permítanme que termine estas palabras, que con dificultad he pronunciado por la profunda e intensa emoción que siento, dirigidas especialmente a sus familiares. Les digo que hemos perdido a un gran científico, a un gran Académico y principalmente a un gran amigo.

Begoña, Paloma, Begoña y demás familiares, recibid nuestro profundo pesar.

Prof. Armijo Valenzuela

He pedido intervenir en este acto para poder hacer patente mi admiración y respeto por mi cordial amigo Prof. García Pérez, extraordinaria personalidad intelectual y social, con el que tuve la suerte de compartir diversas actividades y hasta ser paciente suyo.

El Prof. García Pérez fue persona dedicada plenamente al estudio e investigación de Dermatología, relegando cuanto pudiera ser rutina o conformista. Su máxima preocupación era determinar las causas y la posible evolución de los procesos patológicos de la piel y sus anejos, evitando cuanto pudiera ser rutina o conformismo... Puedo destacar que yo mismo y algunos de mis más próximos pa-

rientes, fuimos atendidos profesionalmente por él, pudiendo así comprobar la eficacia de sus proceder.

El Prof. García Pérez consideró siempre trascendente la investigación, lo que hizo patente en su proceder como profesor universitario y, más tarde, como Académico en esta Real Academia de Medicina. Formó a excelentes colaboradores y discípulos y su labor fue extraordinaria en todos los aspectos. Aún puedo añadir que fue un excepcional ejemplo de persona cumplidora de sus deberes, excelente en todos los aspectos y, lo que considero de mayor valor, un hombre bueno.

Prof. García Pérez, que Dios te dé eterno descanso.

PALABRAS FINALES DEL PRESIDENTE

Felicito al Prof. Gómez de la Concha por su exacta nota necrológica.

Me fundo para ello en que yo, señoras y señores, he conocido a Antonio García Pérez desde siempre; esto no es una frase ni un decir. Ustedes saben que nuestros recuerdos habitualmente llegan a los 3-4 años de nuestra edad, 5 a lo sumo. En aquellos años (3 García Pérez, 5 Schüller) íbamos al colegio de los maristas de San José, en la calle Fuencarral y con aproximadamente las mismas edades estábamos entremezclados en las clases unos cursos y otros. Ahora veo ahí a un hermano, Luis García Pérez, y a su lado otro condiscípulo de entonces, el Dr. Viejo Fontela, que pertenece a ese grupo de condiscípulos que desde los 4-5 años convivimos en aquel colegio hasta que empezó la guerra.

Después de ésta, tuvimos fuerza suficiente aquellos colegas de reunirnos cada 2-3 meses; todo aquel grupo donde estaba Antonio García Pérez, Pepe, Luis, etc.

Voy a intentar superar la emoción que me da el haber oído a todos Uds., palabras muy certeras, y lo que yo siento en este momento. Era un formidable médico, un gran dermatólogo, un gran hombre, lleno de bondades, de virtudes, todo bueno él, todo bueno.

Desde aquel patio con aquellas columnas en las que él jamás se estrellaba, porque jamás jugaba ahí ni al frontón, ni al fútbol, etc., como los demás, que teníamos distinta fortaleza física. Él era el de la fuerza moral, el de la fuerza espiritual en aquel colegio. Convivi-

mos en todos aquellos años, hasta el día de nuestra primera comunión, por ejemplo, y por ahí puedo decir muchas, muchísimas cosas.

Después nuestros destinos se separaron, se separaron físicamente; cuando alguna vez nos veíamos, empezábamos siempre en un entrañable abrazo. Siempre.

Catedrático en Salamanca, Sevilla, Madrid, volvemos nuevamente a reunirnos. En situaciones, señores, difíciles, os lo aseguro, muy difíciles. Le nombré Director del Clínico contra viento y marea, contra viento y marea apoyándome que en aquel entonces el reglamento de la Complutense —y pueden comprobarlo— era la única Universidad que tenía el privilegio, gracias a Dios en este caso, de que el Rector podía nombrar al Director del Clínico, y así fue contra la actitud de hasta los gobernantes, porque fue ésta la realidad, y la verdad hay que decirla en lugares como éste y ante lo que estamos hablando y del que estamos hablando. Le nombré Director del Clínico y aceptó, aceptó, aunque de momento aquello no lo admitieron. Señores, tuvieron que admitirlo porque aquello estaba en nuestros estatutos de la Universidad Complutense, la única que tenía ese privilegio; por eso tuvimos de Director a nuestro gran amigo el Prof. García Pérez.

Tengo que decir al respecto que su ayuda en aquellos años del 83 al 87, 1 de octubre del 87 exactamente, tuve en Antonio García Pérez una ayuda total, desinteresada, valiente, desde su puesto de Director del Clínico.

Es decir, le habéis retratado perfectamente; yo os puedo asegurar que también de niño tenía ese físico, pero, amigos, tenía una valentía moral, personal, espiritual, grandiosa. Recuerden aquellos años, cuando estábamos de Rector de la Complutense y Director del Clínico, quién había y los que había en el Gobierno. No sigo, porque también estaban en otros lugares.

Era un valiente, fue un valiente.

Claro, luego, enseguida nos dimos cuenta que era maestro, pero maestro de maestros. Efectivamente, creo que han nombrado Uds. al maestro Laín, un maestro aprende, enseña y ama. Ama a sus discípulos, los cuida, entrañablemente los cuida, los forma, no solamente los informa, los forma, los moldea. Y ahí están todos sus discípulos, que recordarán todos los días, día a día, a su maestro García Pérez.

Luego coincidí con él en Congresos. Las porfirias tuvieron la

culpa de esto; de eso hablamos y en eso tenía también sus cosas originales e importantes. Él ha sido el maestro de las porfirias, el que mejor ha descrito la porfiria hepatocutánea infantil que debería tener su nombre porque la describió perfectamente aunque eran muy raros aquellos casos infantiles, y tiene una publicación preciosa al respecto. Coincidimos en varios Congresos por ese motivo.

Ya han oído Uds. cómo en esta Academia se ha distinguido por muchas cosas. Pedía muchas veces la palabra y aplicaba sus criterios perfectos, médicos, y de filosofía médica y de antropología médica, ya no sólo de su especialidad y desde el punto de vista efectivamente era un gran fisiopatólogo general, hubiera sido un gran profesor de patología general; creo que aquí se indica y es cierto.

A petición de él —efectivamente, Prof. Durán, fue idea del Prof. García Pérez—, esta Academia propuso que hiciéramos un diccionario de terminología médica. Le digo: «Oye, me parece bien, pero va a ser una tarea muy dura», le dije yo hablando con él en la Academia. Dice: «No tan dura, ya verás, se hará; no habrá dificultades», con una fuerza gigantesca como la que él tenía espiritualmente.

Y así ha sido, y ahora nuestro amigo, nuestro Presidente de Honor, Prof. Durán, va a continuar, está continuando, lo está haciendo y lo veremos terminado, porque todos tenemos el deber moral de ver eso terminado y ver que aquello lo inició y la idea creativa fue de Antonio García Pérez.

Muchas cosas habéis nombrado también: con que fruición estudió la obra fantástica dermatológica, el atlas de Olavide. Yo podría decir anécdotas, muchas cosas convividas con Antonio García Pérez a través de tantos años. Nos hemos conocido siempre, ya en aquel colegio con Luis con Antonio, etc.; ellos tampoco lo olvidarán. Si yo le pregunto a Luis, que tenemos aquí, desde cuándo nos conocemos, nos dirá desde siempre, efectivamente.

Hemos perdido un gran amigo. Yo creo que esta sesión necrológica a D. Antonio García Pérez —se lo he dicho a Espinós antes aquí por lo bajo—, no sé si es acertada la palabra (que me corrijan los que saben de semántica), es un auténtico veredicto, le he dicho a Espinós bajito, esto es un auténtico veredicto que todos hemos hecho a un académico ilustre, fenomenal, tremendo, gigantesco, a pesar de su físico, porque ha sido gigante en lo moral, en lo espiritual, en lo docto, etc.

Ese veredicto —también le decía a Espinós— que aquí hemos

hecho será visto sin duda desde el más allá. Eso hemos ofrecido todos, empezando por Gómez de la Concha a nuestro queridísimo amigo, colega, etc., mi pesar, lo sabéis bien, a su familia, a todos.

Hemos de seguir. Un abrazo.

Se levanta la sesión.